

raceno en provecho propio, y quizá derribar el combatido trono de los Bení-Omeyas.

Habia en el partido de Caleb ben Hafsún un general ilustre, de la misma familia, dicen, de los Omniadas, llamado Ahmed ben Moavia, por sobrenombre Abul-Kasim, que sin duda por algun resentimiento contra los suyos se habia pasado al bando rebelde. Este Abul-Kasim, á quien Ben Hafsún tenia confiado el mando de las fronteras cristianas, fanático y orgulloso hasta el punto de apellidarse profeta, quiso señalarse por alguna empresa ruidosa, y reclutando cuanta gente pudo en toda la España oriental y en tierras de Algarbe y Toledo, con muchos berberíes de Africa que trajo á sueldo, llegó á reunir un ejército de sesenta mil hombres, el mayor que habia acudido nunca ningun gefe rebelde. Este hombre presuntuoso tuvo la arrogancia de escribir al rey de Asturias intimándole, que ó se hiciese musulman ó vasallo suyo, ó se preparase á sufrir una muerte ignominiosa. Con estos pensamientos se entró el arrogante musulman por tierras de Zamora, talando y pillando indistintamente poblaciones musulmánicas y cristianas.

Los cristianos que, en paz entonces con el emir de Córdoba, tenían mal guardadas las fronteras, refugiáronse á Zamora, desde donde pidieron auxilio á sus correligionarios. No tardó Alfonso en aparecer en los campos de Zamora con un ejército no menos considerable que el de su atrevido competidor. Tan pron-

to como se encontraron empeñóse un combate general que se sostuvo con igual encarnizamiento por espacio de cuatro días. Arrollaron al fin los cristianos á los infieles, y el orgulloso Ahmed encontró la muerte en lugar de la gloria que ambicionaba: huyeron con esto desordenadamente los suyos, haciendo en ellos los cristianos gran carnicería en la que cayó tambien envuelto Abderrahman ben Moavia, walí de Tortosa y hermano de Ahmed. «Cortaron los cristianos, dice la crónica musulmana, muchas cabezas, y las clavaron en las almenas y puertas de Zamora:» costumbre que sin duda tomaron de ellos. Llamóse aquella célebre batalla *el día de Zamora* (904 de J. C.)⁽¹⁾.

Motivo fué este triunfo de Alfonso para que se renovára y se estrechára mas la alianza entre el emir de Córdoba y el rey de Oviedo, que á ambos soberanos aprovechaba y convenia mantenerse amigos para mejor resistir al inquieto, activo y formidable Ben Hafsún, á quien miraban uno y otro como el mas temible y peligroso vecino. Alentado Alfonso con la reciente victoria y con el nuevo pacto, marchó al año siguiente sobre Toledo, como quien se consideraba bastante fuerte para atacar al hijo de Hafsún en el corazon mismo de sus dominios; mas habiéndole ofrecido los toledanos gran suma de dinero porque se alejára, y conociendo por otra parte las dificultades que

(1) Sampir. Cron. n. 44.— gest.—Conde, cap. 64.
Roder. Tolet. De reb. in Hisp.

le oponía la fuerte posición de la ciudad, volvióse á Asturias, tomando de paso algunos castillos, y contento con el fruto de su expedición y con la gloria de haber sido el primer monarca cristiano que se había atrevido á acercar sus banderas á los muros de la antigua corte de los godos (902).

Por el contrario la conducta de Abdallah con el rey cristiano excitó de tal modo la murmuración y el descontento de los austeros y fanáticos sectarios de Mahoma, que en algunas ciudades de Andalucía llegaron los imanes y katibes de las mezquitas á omitir su nombre en la *chotba* ú oración pública, como si fuese un musulmán excomulgado, y en Sevilla propasáronse á aclamar el nombre del Califa de Oriente. Su mismo hermano Alcasim, acaso libertado de la prisión por los disidentes, predicaba abiertamente que no debía pagarse el *azaque* ó diezmo á un mal creyente que le empleaba en combatir á los mismos musulmanes. Procedió Abdallah en esta ocasión con enérgica entereza; hizo prender á Alcasim que al poco tiempo murió envenenado en la prisión, y desterró de Sevilla á algunos alimes turbulentos, con lo que logró restablecer por entonces la tranquilidad (903).

No estaba en tanto Caleb ben Hafsún ni dormido ni ocioso. Desde Bailén, donde se hallaba de incógnito, espía las discordias y bandos que agitaban la corte misma del emir; contaba en ella con parciales poderosos, y tan audaz como mañero y astuto halló

medio de introducirse en Córdoba disfrazado. No pecaba Ben Hafsún de humilde en sus pensamientos, y acaso lisonjeaba al hijo del antiguo bandido la idea de ser cabeza de una nueva dinastía que reemplazara en el trono imperial á los Beni-Omeyas. Una casualidad dió al traste con todos sus altivos proyectos. Entre las numerosas sátiras y escritos picantes que se habían publicado contra el emir había llamado la atención una en que se le daba el apodo de *El Himar*, el ignorante, el *asno*. Súpose que era de aquel cadí revolucionario de Mérida, Suleiman ben Albaga, que por haberse postrado á los pies de Abdallah había obtenido su perdón. Llevado ahora á su presencia, «¡por Dios, amigo Suleiman, le dijo el emir, que mis beneficios han caído en bien ingrato terreno! A fé que no merecía de tí estos vituperios, ó sean alabanzas, que para mí lo mismo valían siendo tuyas; y pues tan poco te aprovechó en otro tiempo mi benignidad y mansedumbre, ahora debería darte á gustar el rigor de mi justo enojo; pero no, quiero que vivas, y cuando te lo mande me has de repetir tus versos; y para que veas que los estimo en mucho, has de pagar por cada uno mil doblas, y si mas hubieras cargado *al asno*, mayor y de mas precio sería la paga⁽¹⁾.» Abochornado Suleiman, y «puesta la cara,

(1) Conde, cap. 65.—Romey traduce: «preparate á recibir de mi tesoro mil piezas de oro por cada verso;» tomando por paga del emir lo que según el texto arábigo era multa al poeta.

dice la historia, á los pies del emir, le pidió perdon, otorgósele Abdallah, y agradecido el delincuente poeta le descubrió la conspiracion, y le reveló la estancia de Ben Hafsûn en Córdoba; mas este, sabedor del arresto de Suleiman, huyó otra vez disfrazado de mendigo, y pidiendo de puerta en puerta, segun despues se supo, pudo llegar á su ciudad de Toledo (905).

Perseguido alli y acosado por el vazzir Abu Otman, vióse reducido á no poder salir en tres años de la ciudad. Quiso despues encargarse de la guerra de Toledo el hijo del emir, el valiente Abderrahman, llamado ya Almudhaffar, que acababa de pacificar las provincias del Mediodía. Abu Otman fué nombrado capitan de los slavos, que formaban la guardia asalariada del emir, y con tal vigor y energía emprendió Almudhaffar la guerra contra Ben Hafsûn, que no era osado el orgulloso rebelde á desamparar los muros de Toledo (909). La paz se habia ido restableciendo, gracias á la vigorosa actividad del emir y su hijo, en el resto de la España musulmana, antes tan agitada y revuelta.

Proseguia la amistad y buena inteligencia entre el emir de Córdoba y el rey cristiano de Asturias. Dedicado se hallaba el grande Alfonso al fomento de la religion y al gobierno interior de su estado, y cuando parecia que deberia reposar tranquilo entre los suyos sobre los laureles de sus anteriores victorias, un acto de horrible deslealtad de parte de su propia familia

vino á acibarar los últimos dias de su existencia y de su glorioso reinado. Tenia Alfonso de su esposa Jimena cinco hijos adultos, á saber, García, Ordoño, Fruela, Gonzalo y Ramiro; casado el mayor, García, con la hija de un conde de Castilla llamado Nuño Fernandez, residentes los dos entonces en Zamora. Ambicioso García, y alentado é instigado por su suegro Nuño, tramó una conspiracion encaminada á arrancar la corona de las sienes de su propio padre. Oportunamente pareció haberla conjurado Alfonso, haciendo prender á su hijo en Zamora y trasladarle cargado de cadenas al castillo de Gauzon en Asturias. Asi hubiera sido, á no haber entrado en esta conspiracion indefinible todos sus hijos, y lo que es mas incomprensible aun, su misma esposa, sin que la historia nos haya reyelado las causas de este extraño concierto de toda una familia contra un padre, contra un esposo, contra un monarca, de quien no sabemos qué pudo haber hecho ⁽¹⁾ para concitar contra sí ingratitud tan universal (908).

Es lo cierto que todos sus hijos, su esposa, su yerno, todos se alzaron en armas contra él, y libertando de su prision á García, y apoderándose de los castillos de Alva, de Luna, de Gordon, de Arbolio y de Contrueces, de toda aquella línea de fortificaciones que Alfonso habia levantado para proteger las Asturias contra los ataques de los sarracenos, vióse el rei-

(1) Conténtase el arzobispo don amaba poco á su marido. Rodrigo con decirnos que la reina

no cristiano arder por espacio de dos años en una funesta y lamentable guerra civil. Alfonso, siempre grande en medio de sus amarguras, conociendo las calamidades que de prolongar aquella lucha doméstica lloverían sobre todos sus súbditos, y deseando evitar el derramamiento de una sangre que no podía dejar de serle querida, convocó á toda su familia y á los grandes del reino en el palacio fortificado de Boides, y á presencia de todos y con su asentimiento renunció á una corona que con tanta gloria y por tan largos años habia llevado (909), y abdicó solemnemente en favor de sus hijos ⁽¹⁾.

Repartiéronse, amistosamente al parecer, los tres hermanos mayores los dominios de su padre. Tomó García para sí las tierras de Leon, que desde entonces comenzó á ser la capital del reino de este nombre. Tocáronle á Ordoño la Galicia y la parte de Lusitania que poseían los cristianos. Obtuvo Fruela el señorío de Asturias. Gonzalo, que era eclesiástico, se quedó de arcediano de Oviedo; y Ramiro, á quien acaso por su corta edad no se adjudicaron estados, llegó á usar mas adelante como dictado de honor el título de rey ⁽²⁾, Reservó para sí Alfonso únicamente la ciudad de Zamora, á la cual miraba con predileccion por haberla él reedificado y por haber sido teatro de uno de

(1) Sampir. Chron. n. 45— Roder. Tolet. De Reb. Hisp. l. IV. —Risco, Esp. Sagr. tom. 37. (2) Consta así de una donacion hecha por el mismo Ramiro á la catedral de Oviedo en 926.

sus mas gloriosos triunfos. Pero antes de fijarse en ella quiso visitar el sepulcro del apóstol Santiago, cuya iglesia habia reconstruido y dotado; y como de regreso de este piadoso viage hallase en Astorga á su hijo García, pidióle el destronado monarca, siempre magnánimo, le permitiese pelear, una vez siquiera antes de morir con los enemigos de Cristo. Otorgóselo García, y emprendió Alfonso su última campaña contra los moros de Ben Hafsún el de Toledo, que desde los fuertes del Tajo no cesaban de inquietar las fronteras cristianas. Con el ardor de un jóven se entró todavía Alfonso por las tierras de los musulmanes; y despues de haber talado sus campos, incendiado poblaciones y hecho no pocos cautivos, volvió triunfante á Zamora, donde enfermó al poco tiempo, y falleció el 19 de diciembre de 910, á los 44 años de su advenimiento al trono ⁽¹⁾.

Habia ido entretanto creciendo en Córdoba el jóven Abderrahman, el hijo de Mohammed el Asesinado, nieto de Abdallah y sobrino de Almudhaffar, siendo por su gentileza, amabilidad y talento la delicia del pueblo, el querido de los walfes y vazzires, el protegido de Abu Otman, y el predilecto de su abuelo, si bien no se atrevia Abdallah á manifestar ostensiblemente todo el cariño que le tenia por no dar celos

(1) Seguimos en esto la crónica de Alfonso el Magno, que algunos del obispo Sampiro. Sobre la variedad que se nota en los historiadores acerca del año de la muerte de Alfonso el Magno, que algunos han querido prolongar hasta el 919 puede verse á Risco, Esp. Sagr. tom. 37. pág. 223.

á su propio hijo Almudhaffar. Con razon se habia captado tan universal cariño el tierno príncipe, que á la edad de ocho años sabia de memoria el Coran y recitaba todas las sunnas ó historias tradicionales, que aun no tenia doce cumplidos y ya manejaba un corcél con gracia y soltura, tiraba el arco, blandia la lanza, y hablaba de estratagemas de guerra como un capitán consumado. Tan raras prendas y tan precoz talento anunciaban que habia de ser el mas ilustre entre los ilustres Ommiadas. Los trabajos, las inquietudes y disgustos, mas aun que la edad, tenian á su abuelo Abdallah desmejorado y enmagrecido. La muerte de su madre le afectó hondamente, y le sumió en una profunda melancolía; íbale consumiendo una fiebre lenta, y sintiendo cercano el fin de sus dias, congregó á los walfies y vazzires y les declaró su voluntad de que le sucediera en el imperio Abderrahman ben Mohammed su nieto. Reconociéronle todos con gusto, incluso su tío Almudhaffar, que lejos de darse por resentido de su postergacion se constituyó en protector generoso y en servidor leal de su sobrino. Cumpliósese el plazo de los dias de Abdallah, y falleció á principio de la luna de Rabie primera del año 300 de la hegira (noviembre de 912), dejando once hijos y catorce hijas. Príncipe de gran corazon fué Abdallah, bondadoso en lo general y benigno; si bien la exasperacion de tantas rebeliones le hizo cometer algunos actos de crueldad, que sin duda le causaron remordimientos. Tuvo ha-

bilidad para vencer enemigos, pero le faltó maña para hacerse amigos, y sus alianzas con el rey cristiano y sus preferencias á los sirios sobre los árabes fueron causa de malquistarle con estos y de enagenarse á los fervientes y fanáticos musulimes.

¿Y qué habia sido de los cristianos de la Vasconia y de la Marca franco-hispana, de esos dos estados que se estaban formando á uno y otro extremo de la cadena del Pirineo?

Despues de la desgraciada batalla de Aybar en que pereció el coude de Pamplona, ó si se quiere rey de Navarra García Garcés (*Garcia Garseanus*), con cuya hija habia casado Alfonso III. de Asturias, aparece gobernando á los navarros el hijo de García y descendiente de los condes de Bigorra Sancho Garcés, temible enemigo con quien tuvo que contar el rebelde y poderoso moro Ben Hafstún en la parte del Ebro superior á que se extendian sus dominios. Mientras este formidable rival de los Ommiadas habia sostenido su sediciosa bandera en el Mediodía y Centro de España, peleando alternativamente con el emir de Córdoba y con el monarca de Asturias, Sancho Garcés de Navarra habia hecho una guerra viva á los musulmanes del nordeste, ganándoles muchas poblaciones, tomando muchas fortalezas, y extendiendo sus conquistas desde Nájera hasta Tudela y Ainsa, y hasta las tierras á que comenzaba á darse el nombre de Aragon. Dueño de estos territorios, sobre los cuales ejercia un mando

independiente, tomó en 905 el dictado de rey de Navarra, sino por primera vez, por lo menos mas abiertamente que ninguno de sus predecesores ⁽¹⁾. Es

(1) *In era DCCCCXIII* (dice la crónica Albeldense) *surrexit in Pampilona Rex nomine Sancio Garseanis*. Hasta ahora ninguna crónica que sepamos habia hecho mencion tan expresa del titulo de rey con aplicacion á los gobernadores pamploneses.—No es posible que haya un punto histórico en que mas disientan los autores que el origen, y principio del reino de Navarra. No estrañamos que al llegar á este período digan casi unánimemente los modernos historiadores: «El origen del reino Pirinámico está cubierto de oscuridad y «de tinieblas.»—«Nada se presenta en los anales de nuestra nacion «mas oscuro y enmarañado que el «origen del reino de Navarra, y no «solo ha contribuido á esta confu- «sion la falta de documentos histó- «ricos, sino muy especialmente la «rivalidad de los escritores arago- «neses y navarros: he estudiado «detenidamente las relaciones de «los mismos, y no he podido sacar «otra cosa que confusion y contra- «riedad en las ideas.» (Tapia y Moron, en sus Historias de la Civilizacion de España). Asi, poco mas ó menos, se explican todos. Repetimos que no es de extrañar esta perplejidad y embarazo al tratarse de un reino sobre cuyo principio hay entre los autores la discordancia nada menos que del año 716, en que le suponen unos, hasta el 905, en que le fijan otros, aparte de las fechas que otros señalan en el intermedio de estos 489 años. Tambien nosotros, como el escritor citado, hemos intentado pene- trar en este laberinto, y procurado

examinar los fundamentos en que apoyan sus diferentes opiniones los autores que mas de propósito han tratado este punto, tales como Moret, Blancas, Garivay, Morales, Sandoval, Yepes, Briz, Elizondo, Zurita, Risco, Mariana, Mondéjar, Traggia, Yanguas y otros de los que pasan por mas autorizados, sin que nos haya sido posible recoger otro fruto que oscuridad y contradicciones; contradicciones tales, que no vemos medio de concertar ni avenir unos con otros. Y no se limita solo la divergencia en cuanto á la época en que pudo el reino de Navarra tener principio, sino tambien en cuanto á las cronologías de los antiguos reyes que cada cual supone. Pueden servir de muestra las siguientes:

SEGUN GARIVAY.

García I. Jimenez.
García II. Iñiguez.
Fortuño I. Garcés.
Sancho I. Garcés.
Jimeno I. Iñiguez.
Iñigo I. Jimenez, *Arista*.
García III. Iñiguez.
Fortuño II. Garcés.
Sancho II. Garcés, etc.

SEGUN MORET.

García I. Jimenez.
Iñigo I. Garcés, *Arista*.
Fortuño I. Garcés.
Jimeno Iñiguez.
Iñigo II. Jimenez.
García II. Jimenez.

lo cierto que desde esta época y con este rey comenzó el reino de Navarra á adquirir extension, importancia y celebridad, y verémosle desde ahora ir creciendo y robusteciéndose hasta ser uno de los que contribuyeron mas á la grande obra de la restauracion española.

Cuéntase de este Sancho, que hallándose del otro lado del Pirineo en ocasion que los moros de Zaragoza hicieron una tentativa sobre Pamplona, y estando los montes cubiertos de nieve, proyectó á sus soldados de abarcas de cuero para que pudiesen trepar mejor por aquellas nevadas sierras (de que le quedó el nombre de Sancho *Abarca*, á semejanza del que de su calzado tomó el emperador Calígula), y cayendo pre-

García III. Iñiguez.
Fortuño II. Garcés.
Sancho II. Garcés, etc.

SEGUN TRAGGIA.

Iñigo I. *Arista*.
García I. Iñiguez.
Fortuño I. Garcés.
Sancho I. Garcés.
García II. Jimenez.
Iñigo II. Garcés.
García III. Iñiguez.
Fortuño II. Garcés.
Sancho II. Garcés.
Jimeno II. Garcés, etc.

SEGUN MASDEU.

García Sanchez Iñiguez, I.
Sancho Garcés, *Abarca*, II.
García Sanchez, el *Temblon*,
III. etc.

Para hablar de los fundamentos en que cada cual apoya su genealogía, dando cada uno por apócrifos los documentos en que los otros fundan su sistema, necesitaríamos hacer una disertacion aun mas difusa que la de Traggia inserta en el tomo IV. de las Memorias de la Academia, la cual confesamos que á pesar de la asombrosa erudición que el autor ha vertido en ella no ha podido satisfacer nos, ni despejar para nosotros el confuso caos en que los expresados autores han logrado envolver este punto, y hemos estado para exclamar al leerla: *non nostrum est tantas componere lites*. Por eso en nuestra historia nos hemos concretado á consignar lo que acerca de este reino hemos hallado en el Continuator del Biclarense que escribia en 724, en

cipitadamente sobre los enemigos, los sorprendió causándoles una horrible matanza, de que se salvaron pocos; y que seguidamente y sin descanso atacó y tomó el castillo de Monjardin (de donde algunos historiadores le nombran también Sancho *el de Monjardin*), llevando luego sus armas (908) por tierras musulmanas hasta la confluencia de los ríos Ebro y Aragón, y casi sin soltar la espada de la mano pasó otra vez el Ebro, y corrióse hasta Nájera, Vecaria y Calahorra, donde le dejaremos, porque sus posteriores hechos se enlazan ya más con los de los reinos de León y de Córdoba en época á que no alcanza todavía la narración que nos hemos propuesto comprender en este capítulo.

También en la Marca hispana habían ocurrido no-

el Pacense que acabó su crónica en 754, en Sebastian de Salamanca, en el de Albelda, en Vigila y Sampiro, en San Eulogio de Córdoba que hizo un viage á Navarra á mediados del siglo IX., en los biógrafos de Carlo-Magno y Luis el Pio, en las historias francas y en las arábicas de aquel tiempo, que son para nosotros las fuentes más auténticas. Parécenos hasta cierto punto digna de elogio la sinceridad con que un moderno historiador de las cosas de Navarra, el señor Yanguas, archivero de aquel antiguo reino, exclama al ver el calor con que se sostiene esta controversia: «Porque á la verdad (dice) ¿qué nos importa que los primeros reyes de Navarra se llamasen «Sanchos, Iñigos ó Aznares? ¿Qué

«significan esas eternas disputas «queriendo atribuirse cada uno la «gloriosa casualidad de haber dado «leyes á un país que jamás quiso «ser dominado sino de sí mismo? «¿No tiene también algo de puerilidad la disputa entre aragoneses «y navarros, sobre si el primer rey «fué proclamado en Sobrarbe ó en «Amescua? ¿Acaso entonces las «montañas de Jaca y de Navarra «dejaban de ser una misma nación? No había aragoneses ni navarros, todos eran vascones, todos participaban igualmente de «las virtudes y de los vicios de los «montañeses y de sus glorias, y «los moros no les daban otro dictado que el de *«cristianos de los «montes de Afranc.»* (Prólogo á la Hist. del reino de Navarra: 1832).

vedades importantes. Había Cárlos el Calvo dividido el condado de Barcelona separando la Septimania de la Gothalandia ó Cataluña, cada una bajo el gobierno de un conde. Obtuvo después de Udalrico el condado de Barcelona Wifredo llamado el de Arria, que le gobernó con una especie de independencia moral, y sucedióle al poco tiempo un godo-franco de la Septimania nombrado Salomon. Asesinaronle los catalanes en 874, que deseando ya tener condes propios é independientes nombraron á uno que había nacido en su país, llamado Wifredo *el Velloso*, á quien muchos suponen hijo del otro Wifredo, emparentado con la estirpe real Carlovingia de Francia (874).

Fuese que Cárlos el Calvo remitiera á Wifredo en compensación de algún servicio el feudo en que hasta entonces habían estado los condes de Barcelona, ó que él conquistara su independencia con la punta de la espada y con la ayuda de los catalanes, es fuera de duda que con Wifredo el Velloso dió principio aquella serie de condes soberanos é independientes de Barcelona, que habían de elevar á tan alto punto de grandeza aquel nuevo estado cristiano de la España oriental, uno de los más importantes de la gran confederación monárquica española. Supone la tradición haberle concedido el emperador Cárlos por armas las cuatro barras coloradas en campo de oro, marcadas en su escudo con los cuatro dedos de la mano ensangrentada de la herida que recibió peleando

do en favor del emperador contra los normandos. Sea lo que quiera de estas contestadas tradiciones, es lo cierto que Wifredo, primer conde independiente de Barcelona, con la sola ayuda de los catalanes arrojó á los sarracenos de todo el antiguo condado de Ausona (Vich), de las faldas del Monserrat, y de una gran parte del campo de Tarragona; y que tan piadoso como guerrero, fundó en el valle alto del Ter los dos célebres monasterios de San Juan de las Abadesas y de Santa María de Ripoll.

A los catorce años de gobierno independiente murió Wifredo el Velloso, dejando el triple condado de Barcelona, Ausona y Gerona, á título ya de herencia, á su hijo Wifredo II. ó Borrell I., que con ambos nombres le designan los documentos (898): *Wifredi, qui vocabulum fuit Borrello*. Continuó Borrell la obra de su padre hasta 912, en que pereció en la flor de su edad, no dejando sino una hija llamada Rikildis, y pasando por lo tanto la herencia del condado, según la costumbre de los francos por que se regían los condes de Barcelona, y que no admitía la sucesión de las hembras, á su hermano Suniario ó Sunyer ⁽⁴⁾.

(4) Bofarull, condes de Barcelona, tom. I.—Comienza á servirnos de guía en lo relativo á la cronología y genealogía de estos condes la obra que con el título de *Los Condes de Barcelona vindicados* ha publicado el investigador labo-

rioso y erudito don Próspero de Bofarull, archivero general de la antigua corona de Aragón, con cuya amistad nos honramos, y á cuya inteligencia y amabilidad debimos durante nuestra estancia en aquel archivo la satisfacción de re-

Hé aquí lo que hasta la época que nos propusimos recorrer en el presente capítulo habia acontecido en todos los ángulos de España.

visar multitud de preciosos documentos históricos, que sin su atinada dirección difícilmente hubiéramos podido examinar. La posición del señor Bofarull, por tan largos años al frente de aquel riquísimo depósito de antigüedades, unido á su laboriosidad é inteligencia, le ha permitido hacer un bien inmenso á la historia de Cataluña y de consiguiente de España, aclarando, rectificando y fijando la cronología de aquellos condes soberanos, incierta, oscura ó equivocada hasta ahora, no solo en nuestras historias generales, sino también en las que pasaban por las principales fuentes históricas de aquel principado, tales como la Historia del Languedoc, la Marca Hispana del arzobispo Pedro de Marca, la colección de documentos de Ballucio, los manuscritos de Ripoll, las crónicas de Pujades, Diago, Feliú, etc. La gran copia de datos auténticos y originales con que el señor Bofarull ha enriquecido su obra le dan una autoridad indisputable, si bien no puede menos de adolecer de falta de amenidad, achaque natural y consiguiente á toda obra documental.